

dejado mezclar en corrupciones —a pesar del franciscanismo, de la honestidad de algunos de sus principales dirigentes, como Zacagnini—, presionar por los Estados Unidos, que la llevaron al poder prácticamente a la fuerza en la posguerra. La vocación inicial de centro de la DC italiana no se ha cumplido. Las nuevas corrientes de pensamiento no la han penetrado. En los otros países donde fue impuesta en circunstancias parecidas no ha podido sostenerse en el poder: en Alemania Federal sigue siendo el principal partido de la oposición, pero en Francia ha desaparecido, se ha disuelto en otros partidos del centro o de la derecha. En España tiene una vitalidad mucho mayor porque algunos de sus dirigentes se han formado en la oposición —lo que le pasaba a la DC de la posguerra— y porque muchos de sus grupos han podido abrazar las doctrinas más abiertas de la Iglesia inspiradora. Si aquí es un partido que asciende y que tiene posibilidades importantes en el futuro democrático, sobre todo si resuelve sus problemas interiores de acuerdo con la mayoría de la base y no por situaciones de poder de algunos de sus más destacados dirigentes, en Italia es un partido que declina y que, al agarrarse desesperadamente a las últimas oportunidades, está deteriorando toda la política nacional.

La serie de circunstancias reunidas de la política italiana y sus conexiones directas con la política internacional, y la influencia decisiva de los Estados Unidos, hacen ver con tintes muy sombríos el panorama. La situación económica se ha deteriorado hasta extremos máximos, la Bolsa toca el fondo y la posibilidad de que los comunistas progresen en las elecciones va a iniciar sin duda una mayor retracción de los capitales e incluso las habituales fugas al extranjero. Los sindicatos están haciendo un considerable esfuerzo para evitar una ola de huelgas que deteriorarían aún más la situación y harían más difícil cualquier principio de pacto, pero esta ola de huelgas parece prácticamente inevitable si no se acude a soluciones urgentes. Aun el "pacto de fin de Legislatura", que proponía el Partido Comunista, siendo la solución inmediata más práctica de cuantas se ofrecían, dejaba sin resolver el futuro. No lo van a resolver las elecciones

generales de junio, si se deciden y menos inscritas en un calendario electoral impresionante para ese mismo mes. Menos aún si con motivo de las elecciones generales se aplazasen las municipales. Y quizá el referéndum del aborto, el cual sí que supondría un cierto alivio para los partidos políticos.

Pero la agudeza de la situación italiana no es algo local o propio, o exclusivo: es una muestra muy visible de toda una decadencia de la sociedad occidental de la posguerra. La política no ha podido evolucionar, la democracia no ha seguido su proceso de desarrollo. Todo depende, a distancia, de los Estados Unidos, que, a su vez, se encuentran en un punto muerto político. Su nueva abundancia económica no va a servir para la invención de fórmulas políticas, que se había iniciado durante los días de la guerra de Vietnam y que se ha quedado cortada.

Digamos que es un problema general del gran Imperio de Occidente. Y más allá, de toda la situación internacional en general. La URSS tampoco hace gala de inventiva de ningún género y se ha quedado con todos sus problemas planteados a la muerte de Stalin sin resolver: China está más enfascada en una lucha por el poder que en una verdadera renovación de las tesis políticas. El mundo entero gira en torno a estos problemas de la falta de imaginación política y de la inadecuación de los Estados y los Gobiernos a las circunstancias que se van produciendo con arreglo a las modificaciones internas y propias de cada sociedad.

Italia es una encrucijada. Por su situación mediterránea, por su influencia en la zona Sur de Europa, por todo el peso que ha tenido en la posguerra. Está, por consiguiente, sufriendo de esta condición de encrucijada, de país típico.

Para los españoles es de un gran interés. Podríamos decir que desde el punto de vista de la oposición, en España hay un desarrollo político más "moderno", más realista que el de Italia. Pero ciertas razones geográficas y de situación dentro del gran Imperio de Occidente deben hacer que sigamos con mucho interés lo que se vaya a desarrollar en la otra gran península latina del Mediterráneo. ■

La Capillina Sixtina

U. G. T.

GÖRING se sacaba la pistola cuando oía la palabra "cultura". Es un acto reflejo de lo más primario, elemental: el nazismo y el fascismo sabían por "instinto" que eran incompatibles con la "cultura" y que su irresistible ascensión se fundamentaba en el otro analfabetismo, el siniestro analfabetismo cargado de suficiencia de las clases medias. Yo sólo me sacaría la pistola cuando oigo las palabras dogmatismo y sectarismo. Los dogmáticos y los sectarios son mis enemigos, son los enemigos de cualquier libertad que sirva para lo progresivo, de cualquier libertad fundamentada en el principio de que la ciencia, la Historia, la moral son carreras de obstáculos que se prolongan hacia el infinito, saltando sobre sus propios errores.

Muchas veces he tratado de racionalizarme el porqué de mi respeto indiscriminado por todos los símbolos, personas, incluso mitos vencidos en la guerra civil. El por qué asumo desde Marcelino Domingo a Durruti, desde Largo Caballero a Carrasco Formiguera, pasando por La Pasionaria, Nin, Maurin, Companys, Martínez Barrio, Azaña. No tiendo sobre ellos la paz de los muertos históricos, ni siquiera la piadosa paz para los vencidos o la tibia solidaridad de víctima de la guerra civil o sus consecuencias. Simplemente, me siento heredero de ellos, de todos ellos, pero heredero no de una herencia particular o mitológica, sino de la representatividad de un esfuerzo por comprender las claves de mi país al margen de toda la sucia metafísica peculiar con la que la derecha tradicional ha tratado de no dejarnos salir de la caverna platónica. Muchas veces he presenciado cómo un viejo dirigente comunista llamaba "cabrón" a Prieto, o cómo un poumista calificaba de asesinos a los comunistas, o he oído a Federica Montseny a sus largos sesenta años pronunciar una dura diatriba contra la coalición Esquerra-PSUC que se llevó el gato al agua en los "hechos de mayo" de 1937. Nunca me he sentido solidario con los insultos y los reproches. En mi colección mental de símbolos, todos me parecen héroes positivos, que con sus errores, a veces tremendos, incluso repugnantes e irracionales, trataron de construir la Historia de mi país a la medida del hombre secular, enterradores de tanto Cid y tanto cuento.

La celebración del Congreso de la UGT es un impresionante paso adelante que todos hemos dado para reconstruir "nuestra razón" y una razón objetiva, comunitaria, integradora de lo mejor de nuestro pasado. Al margen de lo que sea en el futuro el sindicalismo español, la supervivencia de esta UGT de hoy, tan legendaria como joven, ha de ser un motivo de alegría para todos los que llenamos de pequeñas o grandes cosas el hormiguero granero de la resistencia. Y sobre todo ha de ser una alegría para los que, sin ser ugetistas, reivindicamos por encima de cualquier otro principio el de la libertad, con la forma y el fondo al servicio de las fuerzas históricas progresivas. El de la libertad arrebataada del cínico templo de la burguesía: bajo palio, pero encadenada. ■

SIXTO CAMARA

MAS INFORMACION INTERNACIONAL A PARTIR DE LA PAGINA 38.